Plantas en demasía
Autor: Manolo Campa

Cuando comienza la temporada ciclónica en el Sur de la Florida, siento la necesidad de pronunciarme contra la acumulación, en mi domicilio, de plantas en macetas de piso y colgantes. No es ésta la primera vez que he escrito dando a conocer mi disgusto al tener que mover las maticas de mi esposa, del patio y el portal a un lugar interior a resguardo de los vientos huracanados. ¿Denuncio un abuso, busco alivio al desahogarme, o la solidaridad con otros en iguales circunstancias? Respuesta: Persigo la opinión favorable de los lectores a todas las alternativas en mi pregunta.

Para facilitar opiniones conscientes, declaro: Mi esposa es una víctima más de la epidemia de coleccionar plantas. Su delirio son las maticas. Su obsesión es verlas progresar.

Buscando mantener nivelado nuestro presupuesto, mi mujer ha descontinuado la compra de guayaba, queso crema, boniatillo, helado y caramelos… pues según estudios realizados por ella, esas golosinas no son necesarias en "mi" alimentación. Con el ahorro así obtenido, más unos centavos extras y algunos dólares adicionales, ella compra "sus" necesarias planticas que adornan exóticamente nuestra casa al extremo de sentirme ya propietario de una jungla privada.

En el portal, dentro de la casa y en el patio, hay docenas de macetas con matojos. La cocina también es una calamidad. Sobre el fregadero cuelga una macetica rectangular que disminuye la claridad de la lámpara de luz fría. Del tirador de la puerta del anaquel donde se guardan los cereales cuelga otra matica que embellece la cocina y dificulta el desayuno.

Delante del tomacorriente donde se conecta la cafetera, un cactus con espinas oculta la toma eléctrica y pincha los dedos. Si protesto por esta planta del desierto mal estacionada en ese lugar, mis palabras son captadas por su oído derecho y descartadas por el izquierdo… lo que equivale a decir que le entran por una oreja y le salen por la otra… aquél es el lugar indicado y apropiado para la planta de las espinitas.

También tenemos una macetica en la habitación donde están la ducha, el lavamanos, los toalleros, el espejo, "etcétera". La plantica cuelga de un angular que la sostiene casi encima de "etcétera". Si no se toman precauciones se rompe uno la crisma con este adorno.

Una escalera de tres escalones salió de su retiro en el rastro de los tarecos inservibles para convertirse en triple pedestal donde reposan plantas de muchas clases en artístico desorden.

Las plantas me han robado parte del cariño y las atenciones de mi mujer. Cuando abro los ojos por la mañana, ella ya no está a mi lado… está cambiando de lugar las maceticas, orientándolas convenientemente de acuerdo con la luz del sol, removiéndoles la tierra, dándoles su desayuno de agua con una regaderita que parece de juguete. Y lo más incomprensible de todo este embullo es que les habla y les habla dulcemente… como merezco yo que me hable… y no me habla.

Los matojos reciben sus cuidados y hasta los polvorea con vitaminas que parecen semillitas de ajonjolí. Mi desayuno, debido a la falta de tiempo, ha quedado reducido a una taza de café, del día anterior, calentado a la carrera y servido por unas manos llenas de bolitas de alimento para orquídeas.

A las seis de la tarde hay que salir al patio con el paraguas o la capa de agua. A esa hora mi esposa refresca y alimenta sus plantas con la alegría y el despilfarro del niño desobediente que juega con agua a escondidas de sus padres. Y las plantas deleitadas con el agua, las vitaminas, la atención, el cariño y las palabras, crecen, crecen… y al crecer van soltando hojitas que cubren el patio, el portal, la sala, la cocina, el comedor… y hasta la "etcétera" antes mencionada.

"Las plantas alegran el alma del que las ama y las cuida", ha declarado mi mujer, investida con la autoridad de una doctora en fauna y flora. Discrepando de nuevo, emito mi opinión profana: Las plantas me fastidian, me roban el cuidado y las atenciones que me pertenecen, me castigan el bolsillo y me golpean dentro de mi propio hogar… y ni sirven para ensalada.

EN SERIO:

En estos momentos en que destellos de cambio alientan la esperanza de los cubanos, cobra vigencia una frase de Horacio Correa Flórez que es un manual para la educación del comportamiento social de un pueblo ansioso de emancipación: "La libertad y la responsabilidad son inseparables".

Para ser libres tenemos que responsabilizarnos de nuestros actos y comprometernos con el logro de un ideal. A medida que aumenta nuestra responsabilidad crece nuestra libertad. Por ello la libertad llega como una conquista tras la lucha, tras la brega diaria.

Si queremos ser libres necesitamos opiniones firmes y propias, criterios bien fundamentados y conocimiento de la libertad de los otros para no interferirla. Usemos nuestra libertad para escoger lo que nos haga mejores como hombres y nos permita ascender en la escala de los valores humanos.